

LA INICIACION CRISTIANA Y LA FAMILIA *

ANASTASIO GIL GARCÍA

La catequesis de la comunidad, al hablar de la iniciación cristiana como un proceso extendido a lo largo de las diferentes etapas del crecimiento del bautizado, señala: "Es posible afirmar que la fundamentación personal de la fe realizada a lo largo de las etapas vitales, sobre todo cuando se puede apoyar explícitamente en un entorno familiar, cultural y comunitario cristianos, resulta más honda e impregna entrañablemente todas las dimensiones existenciales de la vida del hombre creyente.

"Este proceso lento de educación cristiana hacia la madurez aparece, así, estructurado por el bautismo, por la educación en la fe realizada en el seno de la familia, por la enseñanza religiosa escolar, por períodos intensivos de formación estrictamente catequéticos realizados en la comunidad cristiana, por la celebración –en el momento más oportuno– del sacramento de la confirmación y por la participación constante en la celebración de la eucaristía"¹.

Hablar, pues, de iniciación cristiana supone y exige hablar de la familia, así como de otras acciones educativas que inciden en la vida del bautizado, el cual se inicia en este proceso de crecimiento en la fe. Sería, por otra parte, un verdadero despropósito pretender una formación integral de la persona y olvidar, al mismo tiempo, el ámbito familiar donde la persona –y especialmente el niño y el joven– inicia el desarrollo natural y armónico de todos los factores esenciales de su personalidad. "A pesar de las tendencias contrarias, en los últimos años, la familia ha sido

* Ponencia leída en las Jornadas Nacionales de AECA (Madrid 11-12 septiembre 1989).

¹ Comisión Episcopal de Enseñanza y Catequesis, *La catequesis de la comunidad* (en adelante CC) (Madrid 1983) nº 104.

revalorizada como un lugar privilegiado de realización personal: es la primera comunidad donde los hombres se abren al conocimiento de la verdad, al amor y a las relaciones con los otros"². De ahí la necesidad de reflexionar sobre el lugar y misión que corresponde a la familia en este crecimiento y maduración de la fe de todos y cada uno de sus miembros. Para introducirnos en esta reflexión y con el deseo de poder llegar a algunas conclusiones operativas, expondremos en primer lugar qué puede entenderse por familia y su misión educadora en el contexto de educación de la fe y cómo puede realizarse la iniciación cristiana desde la perspectiva familiar.

I. LA FAMILIA Y SU MISION EDUCATIVA

El núcleo familiar, por razón de sus miembros, puede entenderse en un doble sentido: a) familia nuclear, que está formada por padres e hijos y cuya convivencia se hace vida y realidad en un mismo espacio, que es el hogar; b) familia extensiva, que hace referencia a varias generaciones e integra a sus miembros en un mismo tronco genealógico con diversos grados de consanguinidad. Por razones obvias nos vamos a referir a la familia nuclear, ya que lo significativo en el campo de la educación es la presencia de unas personas que se reconocen como seres irrepetibles. Estas, como miembros integrantes de este núcleo familiar, comparten la misma vida aceptándose cada miembro como seres personales que aportan su propia personalidad a la configuración de un entorno social, que integrado por distintas personas, se constituye como unidad vivencial.

A esta realidad vivencial es a la que se refiere el Concilio Vaticano II cuando recupera el concepto patrístico de *iglesia doméstica*: "En la familia, como iglesia doméstica, los padres han de ser para con sus hijos los primeros educadores de la fe..."³, concepto que Pablo VI incorpora en la *Evangelii nuntiandi*⁴. Juan Pablo I hizo uso de él⁵, y es utilizado frecuentemente por Juan Pablo II⁶. Llamar a la familia *iglesia doméstica* conlleva, entre otras consideraciones, reconocerla como el espacio natural donde la buena nueva del evangelio puede vivirse y transmitirse. De

² *Ibid.*, nº 272.

³ Concilio Vaticano II, Cons. *Lumen Gentium*, nº11; cf. Decreto *Apostolicam actuositatem*, nº 11.

⁴ Pablo VI, Exh. Apost. *Evangelii nuntiandi* (en adelante EN) (Roma 1975) nº 71.

⁵ Discurso a un grupo de obispos americanos (21 de septiembre de 1978).

⁶ Juan Pablo II, Exh. Apost. *Catechesi tradendae* (en adelante CT) (Roma 1979) nº 68.

ahí que la *Evangelii nuntiandi* recuerde: "Esto significa que en cada familia cristiana deberían reflejarse los diversos aspectos de la Iglesia entera. Por otra parte, la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia"⁷. Que la familia refleje diversos aspectos de la Iglesia implica que en el hogar, de alguna manera, se pueden reproducir las siguientes dimensiones eclesiales:

- ser una comunidad de fe, en la que se anuncia la palabra de Dios y en la que se profundiza en esa palabra divina y crece la fe de cada uno de sus miembros;
- ser una comunidad de caridad, en la que se vive y practica el amor cristiano, sobre todo en sus dimensiones de ayuda y servicios mutuos;
- ser una comunidad de oración, una casa donde de verdad se alaba al Señor y todos se sienten invitados a entrar en comunión con él;
- ser, finalmente, una comunidad misionera, apostólica, desde la que se irradia, más allá de los muros de la casa, un vivo y auténtico testimonio de vida cristiana.

En la medida en que se realizan en una familia cristiana estas dimensiones eclesiales de la iglesia doméstica, esa familia ejercita un verdadero dinamismo apostólico. De esta manera se convierte en un lugar necesario para el proceso catequético, porque avala, por su mismo dinamismo natural, la formación integral de la persona. "Participa, en efecto, de las acciones y de la vida de esa misma Iglesia profética y catequizadora, orante y cultural, de comunión y de servicio, de compromiso de la fe en las realidades temporales y constituye un ámbito fundamental para el germen, crecimiento y maduración en la fe"⁸. Además, los padres, al vivir esta dimensión evangelizadora con los miembros del hogar, actualizan un deber-derecho en cuanto padres: ser los primeros educadores de sus hijos, y no con carácter subsidiario o por delegación, sino en virtud de su paternidad. La familia cristiana tiene una misión propia respecto a la educación de la fe de sus miembros, especialmente de los hijos. Ella es catequista por vocación y naturaleza. Los padres y el conjunto familiar son los primeros catequistas y la primera catequesis de los hijos. Estos escuchan y aprenden el evangelio, antes que nada, en las personas que integran la realidad familiar y encarnan los valores humanos y cristianos⁹.

⁷ EN, nº 71.

⁸ CC, nº 273.

⁹ *Ibid.*, nº 272.

Sin embargo, estos principios nucleares no se corresponden muchas veces con la realidad. En la práctica, muchos padres no asumen el papel de educadores de la fe de sus hijos, y así se percibe desde la catequesis de la comunidad o desde la misma pastoral en general que:

– se hace dejación de esta misión por indiferencia, por increencia, por incapacidad, por pereza o comodidad;

– en no pocas familias la educación de la fe se reduce, en el mejor de los casos, a colaborar desde fuera con la simple preparación próxima de la celebración sacramental;

– muchas familias se mantienen como espectadores en el proceso de iniciación cristiana; y en el caso de que sus hijos sigan el proceso después de la llamada primera comunión, no se integran, ni siquiera lo favorecen; simplemente consienten: "no te enseñarán nada malo", dicen justificando su consentimiento;

– celebran su matrimonio canónico, piden el bautismo, se interesan por la participación de sus hijos en la eucaristía, pero no participan de manera constante en la vida de fe y celebración de la comunidad, a la que a veces no tienen conciencia de pertenecer;

– el ambiente familiar se ha ido viciando de una concepción materialista, hedonista de la vida, que ha producido una subversión de valores, donde el tener, el producir, el gastar... prima sobre cualquier otro principio vital.

En definitiva, la familia ha sufrido una serie de transformaciones negativas, fruto de "un espíritu, ampliamente difundido entre nosotros, que es más propenso a la incredulidad que a la fe, al pragmatismo que a la esperanza, al egoísmo que al amor y a la generosidad"¹⁰. Este ambiente interno y externo es como un "ecosistema" de influencia recíproca en todos los miembros que los va configurando en un particular modo de ser y reaccionar.

Ante esta realidad, donde predominan los caracteres negativos, es preciso reaccionar con talante positivo y ánimo esperanzado desde distintos ángulos de incidencia; también desde la catequesis. Como punto de partida, y para iniciar la positiva transformación de la familia en beneficio de su participación al servicio de la iniciación cristiana, conviene recordar que la iniciación en la fe no puede resolverse con eficacia a menos que se integre en la educación total del hombre. De ahí que la educación en la fe dentro de la familia se considere no como algo que se realiza en un momento y con unos medios determinados, sino integrado en la vida familiar ordinaria. En consecuencia, y a modo de una primera sugerencia

¹⁰ Conferencia Episcopal Española, *Testigos del Dios vivo* (Madrid 1985) nº 21.

cia operativa, es urgente y necesario plantearse desde la comunidad eclesial la puesta en marcha de una catequesis de adultos que incida en los padres, y de manera particular, en los matrimonios jóvenes. Sólo desde esta perspectiva puede garantizarse una catequesis familiar al servicio de la iniciación cristiana.

II. LA INICIACION CRISTIANA DESDE LA FAMILIA

Es nuestro deseo reflexionar sobre la iniciación cristiana, pero desde el ángulo parcial de la perspectiva familiar. Si por iniciación cristiana se entiende el proceso de formación por el que una persona participa con libertad de opción y madurez en la fe y vida cristiana, se está hablando de crecimiento, de maduración, de compromiso... de aquello que afecta a lo más profundo del ser humano y que le caracteriza como tal. Si la iniciación cristiana exige tomar partido en la vida de fe, protagonizar la respuesta al evangelio; si la iniciación cristiana reclama para sí un proceso lento, laborioso y perfectivo en el itinerario de la fe, entonces la familia tiene una función que cumplir. Su presencia no sólo es conveniente como instrumento de apoyo a la catequesis iniciatoria vivida en y desde la comunidad parroquial, sino que es necesaria por la incidencia directa que debe ejercer en el catequizando desde el momento mismo de su despertar religioso hasta el instante en que se pueda considerar concluido este proceso.

"Pertencen a la iniciación cristiana –dice A. Cañizares–, como elementos básicos de la catequesis, el aprendizaje de la oración, la vida litúrgica y sacramental, el crecimiento en la vida moral y en el compromiso social y la experiencia de comunidad"¹¹. Pues bien, en el desarrollo de todos y cada uno de estos elementos una parte corresponde a la familia. Sus principales objetivos –aclara *Catequesis de la comunidad*– son: "el despertar religioso, la iniciación en la oración personal y comunitaria, la educación de la conciencia moral, la iniciación en el sentido del amor humano, del trabajo, de la convivencia y del compromiso en el mundo, dentro de una perspectiva cristiana"¹². La consecución de estos objetivos y el desarrollo de todos y cada uno de estos elementos corresponde a la familia. A ella incumbe como tarea irrenunciable crear un clima que favorezca el recorrido evangélico que hace el iniciado para tomar

¹¹ A. Cañizares, "Los sacramentos de iniciación cristiana", en *Iniciación cristiana: liturgia y sacramentos* (Madrid 1989) 26.

¹² CC, nº 273.

parte en la vida y en la sociedad desde la fe y vida cristianas. Es a la familia y especialmente a los padres, como testigos de la fe para sus hijos, a quienes toca acompañar con la palabra, el ejemplo y el estilo de vida del convertido, a los miembros de su hogar que están madurando en la vida de los bautizados.

No será de forma sistematizada, porque su "pedagogía asume las características propias de la vida familiar, de amor, sencillez, concreción y testimonio cristiano" (FC, 53). Es por ello "una catequesis más del testimonio que de la enseñanza, más ocasional que sistemática, más permanente que estructurada en períodos"¹³. Es respetuosa con el crecimiento armónico del iniciado en la fe al ritmo de su paulatina incorporación a la comunidad de los creyentes. Acertar en los modos y momentos es acaso el aspecto más complejo de la acción familiar. Veamos algunas pistas de cómo puede hacerse de forma satisfactoria.

III. EL PROCESO DE INICIACION CRISTIANA EN Y DESDE LA FAMILIA

Parece prudente seguir las distintas etapas o momentos del proceso de iniciación secuenciados en el tiempo, ya que cada uno de estos momentos tienen su propia especificidad y, en consecuencia, la aportación desde la familia también tiene su aspecto particular.

1. *El primer anuncio*

Su origen se sitúa en el momento en que los padres piensan y deciden pedir el bautismo para su hijo que va a nacer o que ya ha nacido. El hecho de que los padres se acerquen a solicitar el sacramento para su hijo revela la necesidad y oportunidad de ayudarles en la presumible recta intención de esta petición y de advertirles el error, si lo consideran como un punto aislado e independiente de la vida del recién nacido. "No hay nada que la Iglesia estime tanto ni hay tarea que considere tan suya como reavivar en los catecúmenos o en los padres y padrinos de los niños que se van a bautizar una fe viva, por la cual, uniéndose a Cristo, entren en el pacto de la nueva alianza o la ratifiquen. A esto se ordenan, en definitiva, tanto el catecumenado y la preparación de padres y padrinos como la celebración de la palabra de Dios y la profesión de fe en el rito bautismal"¹⁴.

¹³ CC, nº 273.

¹⁴ Ritual del Bautismo de Niños, nº 3.

La pastoral recomienda hacerles caer en la cuenta de cómo el bautismo es un elemento integrante del gran acto sacramental: la iniciación cristiana. El bautismo es la puerta de entrada que abre el diálogo e inicia el encuentro con el Dios que nos salva en Jesucristo. de esta forma, el bautismo recobra su protología iniciática; recuerda un *fue*: el Señor murió, resucitó y fue constituido Señor antes de que nosotros lo celebremos y nos comprometamos con él. Pero este acontecimiento *sigue siendo*. Así, el bautismo manifiesta la inserción actual del creyente en el hoy de Cristo: es un signo iniciático. Con la petición del bautismo para un niño "no se viola por esto su libertad, sino que, en conformidad con los diversos grados evolutivos, se le pone en pista para poder realizar su vocación humana y cristiana integral"¹⁵. De ahí que pueda decirse, glosando algunas ideas del *Ritual del bautismo* de niños, que con la petición por parte de los padres y padrinos de este sacramento:

- el bautismo es el sacramento con que los hombres, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, responden al evangelio de Cristo. Y la respuesta de esta fe es dada por los padres y padrinos;

- la Iglesia universal se significa y hace presente en el acontecimiento bautismal celebrado en la iglesia local, parroquial y familiar;

- la participación activa de la comunidad familiar en la preparación y celebración bautismal se convierte desde ese momento en signo, testimonio y punto de referencia de la fe para los que son bautizados;

- la comunidad familiar se convierte en uno de los protagonistas esenciales del proceso iniciático, donde la acogida del bautizado y la confesión de la fe serán para ellos testimonios referenciales de su vida de bautizado.

A partir de la celebración bautismal se da paso al largo proceso donde el niño puede ir incorporando las maneras de actuar y los sentimientos de sus familiares. En estos primeros años del bautizado, la familia asume toda la responsabilidad en la tarea educativa; la delegación de esta primera misión formativa en otras personas difícilmente puede justificarse.

El *Directorio general de catequesis* advierte de la estrecha relación que existe entre el niño y los padres, de manera especial con la madre, y cómo la supuesta ausencia de esta primera resonancia misionera se deja notar al iniciar el niño la catequesis en la parroquia¹⁶. Es en estos pri-

¹⁵ C. Rodríguez, "Pastoral y celebración del bautismo de niños", en *Iniciación cristiana: liturgia y sacramentos*, 119.

¹⁶ Cf. Sagrada Congregación para el Clero, *Directorio general de catequesis* (Roma 1971) n.º 78. Hay que tener en cuenta cómo se ha hecho ordinario el trabajo de la mujer fuera del hogar. Este hecho resta tiempo a la presencia de la madre en el hogar y plantea

meros años cuando nace el sentimiento religioso que está anidado en su corazón y se inicia el *despertar religioso* gracias a la acción directa de los padres y del ambiente familiar que pone "los primeros rudimentos de la catequesis, que acaso no serán sino una sencilla revelación del Padre celeste, bueno y providente, al cual aprende a dirigir su corazón"¹⁷. En este ambiente van suscitándose actitudes religiosas que fundamentan la educación en la fe. Juan Pablo II describe con palabras sencillas cómo se puede hacer esto: "Debe comenzar desde la más tierna edad de los niños, que se realiza ya cuando los miembros de la familia se ayudan unos a otros a crecer en la fe por medio de su testimonio de vida cristiana, a menudo silencioso, más perseverante a lo largo de una existencia cotidiana vivida según el Evangelio. Será más señalada cuando, al ritmo de los acontecimientos familiares... se preocupe de explicitar en la familia el contenido cristiano o religioso de esos acontecimientos"¹⁸.

Para que este despertar sea real en el ámbito familiar parece conveniente:

- valorar y significar ante el niño gestos y celebraciones religiosas; son esas primeras experiencias percibidas a modo de barrunto que suscitan en el niño un interés o una pregunta;

- especial importancia tiene la madre, habida cuenta de la íntima relación afectiva que existe entre ella y el niño;

- no se trata de adiestrar al niño para que hable de Dios por medio de la fijación de frases o afirmaciones, sino que hable a Dios a través de unas oraciones llenas de confianza y espontaneidad;

- aprovechar para ello las múltiples experiencias que vive el niño y que pueden ser manifestación de la presencia de Dios en el entorno familiar;

- el nacimiento a esta vida de fe que se inicia no será algo propio, original e independiente, sino una especie de eco de aquello que el niño ve y escucha;

- la religiosidad familiar, aunque puede estar marcada a veces con elementos impuros, atestigua en su raíz una memoria evangélica y, por tanto, debe ser valorada en su justa medida¹⁹;

- superar la tentación de delegar en otros la totalidad de la tarea educadora por posibles complejos de inferioridad o ausencia de especiales

no pocos interrogantes sobre su influencia en la educación de la fe de sus hijos. Tal vez haya que pensar cómo la escasa cantidad puede suplirse con una especial calidad.

¹⁷ CT, nº 36.

¹⁸ CT, nº 68.

¹⁹ Cf. CC, nº 274.

conocimientos teológicos, o de aplazar para más tarde la propuesta del evangelio que debe iniciarse en estas edades²⁰.

2. *La acción catequética o catecumenado*

La iniciación cristiana es el período más especialmente catequético tanto en la infancia-juventud como en el catecumenado de adultos. Es el tiempo destinado a llegar al descubrimiento y adquisición de una experiencia y vivencia religiosa personal, de forma que su eficacia catequética se mida no tanto por la cantidad de conocimientos alcanzados cuanto por la calidad de la relación establecida entre el catequizando y Dios.

Si bien en el momento anterior del despertar religioso éste depende en buena medida del entorno y ambiente familiar, en esa etapa la tarea del hogar sigue siendo importante, pero no exclusiva. Ahora la pastoral educativa, la catequesis de la comunidad y la misma influencia del entorno tienen su función específica en la educación integral del catequizando. Ahora "la catequesis familiar ha de armonizarse responsablemente con los otros servicios de evangelización y catequesis presentes y operantes en la comunidad eclesial, tanto diocesana como parroquial"²¹. Esta es la razón por la que Juan Pablo II declara que "la catequesis familiar precede, acompaña y enriquece toda otra forma de catequesis"²².

El estilo de vida familiar, los enfoques y respuestas que los padres dan a los distintos interrogantes y experiencias de los hijos, la misma religiosidad familiar influyen positiva o negativamente en el proceso de iniciación cristiana. De manera especial conviene subrayar los planteamientos o testimonios negativos a la fe con unas consecuencias perniciosas a corto y largo plazo.

La tarea de la familia en este momento específico de la iniciación puede significarse como un permanente *acompañamiento* que esencialmente conduce a compartir con el catequizando la propia existencia, las inquietudes y vivencias humanas y cristianas de todos los miembros de la familia.

Dicho acompañamiento puede realizarse simultáneamente en estos cuatro niveles:

²⁰ Cf. *ibid.*

²¹ CT, 68.

²² Juan Pablo II, Exh. Apost. *Familiaris consortio* (Roma 1981) nº 53.

a) Iniciación en el conocimiento del misterio de Cristo.

El catequizado, incorporado a la catequesis de la comunidad, es ayudado a introducirse en el conocimiento del mensaje cristiano con los medios metodológicos más adecuados a su edad y situación. Normalmente, esta incorporación se ha hecho por iniciativa de los padres; sin detenernos en estos momentos en la valoración de sus motivaciones, es razonable admitir que no les resultará extraño hacerles ver la tarea que han de realizar.

La familia no puede estar ajena a esta "nueva" vida que vive uno de sus miembros; por tanto, es necesario que tome parte activa, siendo consciente de la resonancia evangelizadora que para ella supone tal realidad. A la comunidad parroquial, en la que está inserta esta familia, corresponde motivar y facilitar el acompañamiento familiar en el proceso educativo; pero, en modo alguno, aquélla puede sustituir la misión específica de ésta.

Hay dos formas complementarias para realizar este acompañamiento desde la familia:

1) Secundando el proceso orgánico y sistemático que se está realizando en la catequesis de la comunidad. Por eso nuestra bienvenida a tantos materiales que, con mayor o menor acierto, orientan a los padres en esta tarea, a la vez que les dan la información necesaria. Es más, en no pocos lugares está cuajando la costumbre de simultanear la catequesis de niños con la de sus padres en un esfuerzo conjunto por participar todos en el proceso de iniciación cristiana. Así mismo, en los últimos años ha renacido una costumbre cristiana que facilita la interrelación familia-catequesis parroquial: los padres y madres catequistas. "Muchos padres cristianos están llamados a ser catequistas no sólo de sus hijos, sino también de otros a través de la catequesis parroquial. A este respecto reconocemos como un hecho actual muy esperanzador el que, frecuentemente, adultos cristianos, sobre todo madres de familia, desempeñen tareas de catequistas en comunidades parroquiales"²³.

2) Pero quizá lo más específico del acompañamiento sea la catequesis ocasional familiar, que encuentra su "originalidad y eficacia en el carácter ocasional y en lo inmediato de sus enseñanzas"²⁴. Con motivo de los mil acontecimientos ordinarios, los padres cristianos van desvelando a

²³ CC, nº 276.

²⁴ Conferencia Episcopal Italiana, *Il rinnovamento della catechesi*, 2-II-1970, nº 152.

sus hijos el designio salvador de Dios y su incidencia en las diferentes circunstancias de la vida, en orden a un reforzamiento de las convicciones básicas del cristiano, para que en todo momento pueda "dar razón de su esperanza". Estos momentos ocasionales configuran el acompañamiento familiar que coadyuva a la maduración en la fe, ya que permiten "celebrar un acontecimiento; interpretar una dificultad y ayudar a superarla; abrir al individuo a la coherencia espiritual; dar gracias y pedir perdón a Dios y a los demás; alabar a Dios; saber recogerse ante el dolor y la muerte; sostener siempre la esperanza"²⁵.

b) Iniciación a la vida evangélica.

Puede afirmarse que la familia es el espacio natural e idóneo donde se inicia la formación de las virtudes humanas y cristianas. De ahí que el Concilio Vaticano II haya afirmado que "la familia es la primera escuela de las virtudes sociales, que todas las sociedades necesitan". Es en la familia donde los hijos se encuentran con una "sana sociedad humana", y la que los "introduce poco a poco en la sociedad civil"²⁶.

Cada día surgen en el entorno familiar continuas ocasiones y situaciones que, como personas cristianas, deben afrontar, asumir y responder. Son interpelaciones constantes que reclaman una respuesta y un compromiso. Para lograrlo, la familia debe ofrecer un clima de serenidad y reflexión, de información y de diálogo que favorezca el ejercicio de la libertad responsable en la toma de decisiones de cada uno de sus miembros. Ante situaciones ordinarias o situaciones "límite", el acompañamiento familiar conlleva compartir con el otro la toma de posición que reclama la coherencia cristiana; ante problemas propios o ajenos, el comentario oportuno, el apelar a la palabra de Dios, la fortaleza en las decisiones, la constancia en los compromisos... son medios necesarios para incidir positivamente en esta iniciación cristiana de niños y de jóvenes.

Es en la catequesis de la comunidad donde ordinariamente se informa y motiva para que el iniciado luche por transformar su vida y el entorno en que vive, de acuerdo con las exigencias evangélicas; pero es en la familia donde muchas de estas exigencias pueden hacerse operativas, ya que en ella los grandes valores van configurando la personalidad propia del convertido e iniciado. Ciertamente esta tarea no corresponde exclusivamente a la familia, pero en ella es necesario que se dé de forma comprometida.

²⁵ *Ibid.*

²⁶ Concilio Vaticano II, Declaración *Gravissimum educationis momentum*, n.º 3.

c) Iniciación en la plegaria y en la vida litúrgica.

"La catequesis debe ayudar a los fieles a participar en la liturgia de la Iglesia de una manera activa, consciente y genuina, no solamente a base de aclararles la significación de los ritos, sino también educando el espíritu de los fieles por medio de la oración, la acción de gracias, la penitencia, la plegaria llena de confianza, el sentido comunitario y la recta comprensión del significado de los símbolos: todo aquello que es necesario para que se dé una verdadera vida litúrgica" ²⁷. Por tanto, la iniciación cristiana es "una iniciación en la experiencia religiosa genuina, en la oración y en la vida litúrgica" ²⁸.

Por su parte, la familia cristiana participa en este proceso iniciático viviendo en su seno no sólo la asidua celebración de los sacramentos, sino desarrollando la dimensión contemplativa de la experiencia cristiana: una familia donde no se reza, una familia donde no se eleva una alabanza amorosa al Señor, cuyos miembros no se reúnen para leer la palabra de Dios y alimentarse de ella, es una familia a la que le falta integridad, a la que le faltará también vibración evangelizadora.

Pero, de hecho, lo que más incide en el ambiente familiar del proceso de iniciación cristiana es la celebración sacramental, y sería motivo de congratulación si no fuera por el peligro de instrumentalización social que de ella a veces se hace. Desde la pastoral en general y desde la acción catequética en particular hay que afrontar este problema que distorsiona el esfuerzo catequético que se hace en y desde la comunidad. Mientras no se logre un recto y completo enfoque familiar de la celebración y de la plegaria, difícilmente podrá realizarse con eficacia la iniciación cristiana.

Al principio apuntamos algunos datos para la reflexión sobre la preparación y celebración del bautismo, Ahora incidiremos en la confirmación y eucaristía, sin olvidar la penitencia, por ser un sacramento inserto en este proceso de iniciación.

1) Sacramento de la *penitencia*. Hay que entroncarlo con el bautismo. Será la mejor manera de reactualizar el primer sacramento de la iniciación, y de modo especial para aquellos que no han tenido la experiencia catecumenal previa al bautismo ²⁹. De esta manera se ve el *después* del bautismo como una prolongación en la vida del bautizado

²⁷ DGC, nº 25.

²⁸ CC, nº 89.

²⁹ Cf. Conferencia Episcopal Española, Instrucción *Dejaos reconciliar con Dios* (Madrid 1989) nº 67.

que vive la conversión como exigencia permanente de su fe. Tal vez no sea necesaria una conversión radical, pero sí una serie de conversiones "intermitentes" que llevan a volver el corazón a Dios y a los demás. En este proceso de conversión es necesario que en la familia se trasluzcan sentimientos y manifestaciones de arrepentimiento y perdón, donde en un esfuerzo sincero los padres se muestren ellos mismos en el plano religioso y moral tal como son. Se trata de que el iniciado pueda ir penetrando conscientemente en el ámbito de las relaciones filiales con Dios, en el amor a Jesucristo y en la experiencia de la comunidad cristiana. "La acción de los padres, y en general de la familia... es decisiva, y toda atención pastoral a los mismos será poca"³⁰. De esta forma puede romperse el enfoque reduccionista de esta celebración sacramental como requisito previo para la primera comunión.

2) Sacramento de la *eucaristía*. Volver la mirada a la primitiva comunidad de los creyentes garantiza el descubrimiento de cómo ésta perseveraba, entre otras cosas, en la fracción del pan, comida fraterna marcada por la alegría pascual y la sencillez de corazón, y perseveraba en la oración, en la plegaria en común, presidida por un apóstol o un profeta... en actitud perseverante con María³¹.

Mirar cómo se vive hoy la celebración eucarística por parte de muchos cristianos lleva a contemplar un espectáculo poco gratificante. El enfoque que se hace en muchos hogares de la primera comunión de los hijos que participan en el proceso de iniciación cristiana cuestiona no pocos de nuestros planteamientos. Por el contrario, cuando se percibe que los padres participan aún con sus debilidades y acompañan a sus hijos a la eucaristía dominical y oran juntos en casa... el hijo asimila con mayor facilidad la formación religiosa.

Hay que hacer un esfuerzo por purificar en profundidad la celebración eucarística de estas corruptelas. Creo que este esfuerzo es más rentable por vía de afirmación que por vía de negación. Partir de los intereses y preocupaciones familiares que subjetivamente tienen para los padres una justificación, ayudándoles a hacer una valoración crítica y animándoles a enfocar correctamente este acontecimiento familiar. Esto será posible si desde la comunidad se hace un verdadero planteamiento de la catequesis como iniciación cristiana, teniendo en cuenta que ésta debe incidir desde el principio en la familia: de forma directa con las acciones formativas, pensadas y programadas para los padres, y de manera indirecta por medio del crecimiento e influencia de los iniciados en sus casas.

³⁰ *Ibid*, nº 76.

³¹ Cf. Hch 2,41-42.

3) Sacramento de la *confirmación*. Afortunadamente, la confirmación no tiene unas connotaciones sociales celebrativas como la eucaristía. Al mismo tiempo, la influencia positiva o negativa de la familia en el confirmando de hecho es más profunda, ya que éste percibe más conscientemente el nivel de vida cristiana que se respira en su casa. La acción evangelizadora familiar puede ser de mayor reciprocidad, puesto que el iniciado puede –y de hecho así sucede– influir notoriamente en el ambiente familiar, encuentre o no correspondencia.

En cualquier caso, corresponde a los padres animar, ayudar, orientar y acompañar a sus hijos en este momento, para que personalicen su fe en auténtica libertad. Sin embargo, hacer esto es insuficiente: resta la participación activa de la familia en aquellos otros medios que desde la comunidad se consideran necesarios para cimentar bien el proceso iniciático, como es la inserción en la comunidad y la participación en la celebración litúrgica.

d) Iniciación en el compromiso apostólico y misionero.

Capacitar a los iniciados para el compromiso testimonial y misionero es uno de los aspectos esenciales de la fe. Esta capacitación puede hacerse mediante un proceso gradual y, a la vez, complementario a modo de círculos concéntricos, donde el catequizando va asumiendo la responsabilidad apostólica y misionera que explicita el ser llamado y enviado. Este proceso puede ser:

- la incorporación a la comunidad de fe, donde su vida es animada por la misma comunidad que le acompaña en las tareas propias del evangelizador;

- el anuncio de los valores evangélicos al mundo en que vive, hasta el punto de lograr que el espíritu de las bienaventuranzas y el mensaje de Jesús sean, para ese mundo, el punto de referencia y transformación;

- la participación en los acontecimientos de la vida ordinaria en que está inserto para construir un mundo donde la justicia y la verdad vayan configurando la existencia del hombre.

Desde el ámbito familiar, esta iniciación debe ser propiciada por el estímulo, el ejemplo y la animación de los padres, que luchan por hacer de su fe una verdadera fuente de transformación.

El primer campo de acción evangelizadora se realiza *en el ámbito intrafamiliar*: donde los padres y con ellos todos los miembros de este núcleo son para ellos mismos verdaderos evangelizadores. Pablo VI habla de cómo la familia es evangelizadora en la medida en que es evangeliza-

da; así puede decirse que la familia cristiana es a la vez evangelizada y evangelizadora ³².

En este sentido, la familia de hoy tiene un gran camino por recorrer: la tentación de salir de sí misma es tan fuerte que ha quedado desguarnecida en su interior. Los medios de comunicación y las continuas ausencias del hogar están impidiendo la fluida comunicación entre todos sus miembros. Por ahí hay que iniciar la misión evangelizadora.

El segundo campo de acción es llegar al *ámbito social* desde la familia: se tiene la tentación de ahogar la fe en el foro de las conciencias o en el interior del hogar. Esto no es bueno. El mejor servicio que puede hacer la familia a la sociedad es proporcionar hombres y mujeres con personalidad armónica y equilibrada. Desde la fe, éste es uno de sus principales imperativos, evitando reacciones que puedan contribuir a la esterilidad o fracaso: el cinismo de quienes sólo buscan recibir, la indiferencia de quienes se refugian en el aislamiento y la prepotencia de quienes están convencidos de que lo único justo y verdadero es lo suyo.

El tercer campo de acción es el *ámbito eclesial*, hacia el que la familia mira y se acoge, consciente de que la fe ha de entenderla, vivirla y celebrarla con el resto de los hermanos.

El acompañamiento de los padres de este nivel catequético de la iniciación es tan necesario que su ausencia o pobreza puede ser una de las causas originantes del llamado fracaso de la catequesis. Se están haciendo muchos esfuerzos por parte de la comunidad, pero si éstos no van acompañados de la atención prioritaria a las familias, los resultados seguirán siendo muy escasos.

IV. LA FAMILIA, MEDIACION PARA EL INICIADO

Cuando el despertar religioso del niño se hizo en el ambiente familiar y en el momento oportuno, y el acompañamiento ha sido real y sincero por parte del núcleo familiar, entonces la familia alcanza el carácter de mediadora en todo el proceso de iniciación cristiana. De esta forma y con naturalidad se logran dos objetivos que especifican la etapa posterior al catecumenado:

³² Cf. EN, nº 71.

1. Inserción en la comunidad eclesial

Los iniciados consiguen la convicción de ser parte integrante de la comunidad de los creyentes, que es la Iglesia y que se explicita ordinariamente en la comunidad parroquial como:

- cristianos que participan en distintas actividades y en la vida eclesial, animados por la fe y la celebración;
- miembros vivos y activos de movimientos, asociaciones que viven su propio carisma eclesial, pero con la convicción de ser miembros de la comunidad parroquial.

Este proceso de inserción en la comunidad desde la familia puede seguir varios pasos:

a) Vivir y actualizar la conciencia que supone para los miembros de la familia el hecho de haber sido elegidos, admitidos y juzgados idóneos por la comunidad para formar parte de ella. Convencimiento que hay que afianzar de forma especial en la celebración de la primera eucaristía.

b) Los padres y miembros adultos de la familia ejercen la misión no sólo de acompañantes, sino de verdaderos confidentes y maestros para ayudar a discernir lo bueno, lo justo y lo recto; pertenecer a la comunidad no es sólo asistir a celebraciones o reuniones, sino alcanzar el estilo de vida del creyente.

c) La confesión de una misma fe manifestada en la proclamación del credo es otro de sus elementos. Los padres hacen manifestación de su fe en el bautismo: confiesan su fe, no en nombre del bautizando, sino en el suyo propio y en el de la comunidad. No es en la familia donde se hace entrega del credo, sino en la comunidad; pero es en la familia donde es recibido como expresión de aceptación, comunión y adhesión.

d) La plegaria del padrenuestro es otro de los elementos que hace vislumbrar al iniciado su condición de miembro vivo de una comunidad que persevera en la oración.

Todo esto es posible si los padres participan activamente en las tareas eclesiales; si participan en la celebración comunitaria de la fe; si desde la casa y sin ninguna manifestación externa hacen posible que sus hijos barrunten la grandeza de una comunidad donde cada miembro vive responsablemente la misión que le corresponde.

2. Participación en la vida litúrgica

El proceso de iniciación cristiana reconduce a los bautizados a una consciente y genuina participación en la celebración de la fe, que ha de

estar animada en la familia no sólo con la palabra, sino con el testimonio. De ahí que competa a sus miembros:

a) Coadyuvar a una participación más plena y consciente de la vida sacramental: especialmente de la eucaristía y de la penitencia.

b) Vivir los tiempos fuertes de la liturgia de forma que tengan una resonancia especial en el seno familiar. Sería deseable recuperar algunos signos y costumbres que hacen posible que la familia ore junta y viva el espíritu de la Iglesia.

c) Dar a las celebraciones festivas familiares un carácter religioso, ya que estos grandes acontecimientos están marcados en su origen por la fe.

d) Finalmente, cuidar la participación eucarística dominical recuperando el sentido cristiano del domingo como el día del Señor.

Estos y otros elementos —escuchar la palabra, oración personal y comunitaria, etc.— facilitarán la auténtica participación de la familia en la iniciación cristiana de sus miembros.

V. CONCLUSION

1. Para que la iniciación cristiana en las primeras edades de la vida sea una realidad en nuestra Iglesia es necesario, entre otras cosas, afrontar en profundidad la evangelización misionera de la familia. "Hay que ayudar a que la comunidad familiar cristiana se renueve con la novedad del evangelio y se convierta más y más a ese evangelio"³³. Las transformaciones sociales, laborales y religiosas que se están dando en la familia reclaman unos nuevos planteamientos pastorales que incidan positivamente en el seno familiar, donde los niños y los jóvenes perciben de forma natural la presencia o ausencia de la fe y vida cristianas. En esta tarea han de trabajar conjuntamente en el nivel diocesano distintas instancias eclesiales, pero de manera especial la pastoral familiar, la pastoral educativa y la catequesis.

2. Corresponde a la familia cristiana hacer el primer anuncio de la fe, que garantiza el despertar religioso. Este es competencia prioritaria de los padres, y sólo de manera subsidiaria puede hacerlo la comunidad parroquial o educativa. "La parroquia proseguirá, completará y perfeccionará la obra de las familias y ayudará a éstas a que puedan cumplir adecuadamente y cada día mejor con la tarea que les es propia"³⁴. Este

³³ CC, nº 276.

³⁴ *Ibid.*

primer anuncio de la fe puede simultanearse en el tiempo con la reiniciación cristiana de los padres, una vez que hayan manifestado su interés por la fe y la vida cristiana.

3. Los padres que aceptan que sus hijos participen en el proceso iniciático y están necesitados de la orientación y formación necesarias para acompañar a sus hijos deben prepararse convenientemente. "Nunca se esforzarán bastante los padres cristianos por prepararse a este ministerio de catequistas de sus propios hijos y por ejercerlo con celo infatigable"³⁵. Por tanto, desde la pastoral y desde la catequesis, se debe estudiar qué "ofertas" se hacen a estos padres, a estas familias, para que sean verdaderas mediaciones experienciales, capaces de secundar el crecimiento y la maduración de sus hijos y propiciar la incorporación plena de sus miembros en la comunidad eclesial.

³⁵ CT, nº 68.